

HORACIO MARIO BENEDETTO

PAMPA VIEJA



Horacio Mario Benedetto

Pampa Vieja



EDITORIAL AUTORES DE ARGENTINA

Benedetto, Horacio Mario
Pampa Vieja / Horacio Mario Benedetto. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Autores de Argentina, 2022.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-87-2841-4

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas. I. Título.
CDD A863

EDITORIAL AUTORES DE ARGENTINA

www.autoresdeargentina.com

info@autoresdeargentina.com

Tabla de contenidos

NOTA DE AUTOR

AGRADECIMIENTOS

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

TERCERA PARTE

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPITULO VI

NOTA DE AUTOR

Hola. Deseo ofrecer a ustedes unas pocas palabras respecto a la novela que están por comenzar a leer. Y es que esta es justamente eso, una novela, una historia de amor que involucra a dos personas, inmersa en una época en la que nosotros no hemos vivido. En ningún momento intenté que esta sencilla obra fuese un libro de historia.

Encontrará aquel que la lea que algunos personajes son conocidos próceres. Su participación es prácticamente ilustrativa y de ningún modo está sujeta a hechos verídicos. Simplemente entran y salen, sin modificar la narración. Así, Santiago de Liniers, Cornelio Saavedra o el doctor Argerich, por citar a algunos, aparecen con un pequeño papel. Es un hecho que estuvieron en esos momentos y que su actuación verdadera fue decisiva en la formación de nuestro país, pero lo que aquí se relata no tiene que ver con ellos.

Gracias.

AGRADECIMIENTOS

A mis profesores de magisterio del ISFD N° 17 de la ciudad de La Plata.

A los cuatro que viven en casa y que son la razón de mi desvelo.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

Veinticinco de mayo. Ciudad de Buenos Ayres.

Cuarto aniversario de la revolución.

Las celebraciones habían comenzado cerca de las diez de la mañana. Una salva de cañonazos inició el desfile del Regimiento de Patricios. Abogados, comerciantes, notables y no tanto formaban parte de las milicias que avanzaban por las calles con sus gallardos estandartes. Toda la ciudad había concurrido a la Plaza de La Victoria. En el Cabildo no había lugar ni para un alfiler, los representantes del Gobierno, del Tribunal de Justicia, del clero y toda la alta sociedad estaban presentes.

Palabras alusivas de neto corte patriótico por parte de los ilustres, locales e invitados, en los balcones del cabildo. La prédica, los vítores y la algarabía general le daban un clima eufórico a la celebración. Más tarde, una misa en la Catedral, luego entretenimientos para niños y grandes con golosinas de regalo, fuegos de artificio, etc. Un teatro ambulante hacía su función sobre un escenario preparado en una esquina de la plaza. Malabaristas asombraban a los que se acercaban. Un trovador solitario cantaba y tocaba una viola, alrededor de un grupo numeroso. Un ritmo pegadizo incitó al baile a algunos presentes. Los vendedores, pedigüeños y vagos daban vueltas buscando su oportunidad.

La ventisca de mayo arrimaba el olor a asado que se estaba preparando en la zona del Retiro. Una gran corrida de toros tendría lugar por la tarde, competencias de sortija, doma, pato, destrezas y habilidades, sorteos y al anochecer, bailes y reuniones en las casas de distinguidas personalidades.

Se descontaba el éxito de la jornada. Días más tarde, vendrían las quejas de los vecinos que vivían en las

inmediaciones del lugar donde se efectuaban las corridas, por el olor que despedían los animales muertos en el evento. Esta situación se prolongaba hasta que, alguno de ellos, cansado de reclamar a las autoridades que los retiren, les prendía fuego, y terminaba con el asunto.

Amanecer del día veintiséis. Desorden general. Muchos hombres todavía deambulaban por las pulperías y cafés porteños, cantando, bailando y bebiendo. En todas las esquinas había una reunión de mamados. Los que podían caminar arrastraban a los que ya no se sostenían. Otros se habían dormido, allí, donde habían caído, tirados en la plaza, en los zaguanes o en el regazo de alguna puta en los tugurios de la orilla.

Los calabozos estaban llenos desde el mediodía anterior. Para esa hora el alcohol había provocado varias peleas a punta de cuchillo, a trompadas y a tiros. En una disputa, murieron ambos contendientes debido a las heridas que se propinaron mutuamente. En otra se pelearon dos borrachos, destrozaron las mesas y sillas del boliche en el que se encontraban. Varios de los presentes intentaron separarlos y terminaron golpeados por los contendientes que parecían ponerse de acuerdo para que no los interrumpían. Nadie acertaba a decir por qué o cómo había empezado la discusión. Luego de las curaciones en el hospital, los llevaron detenidos. Cuando despertaron de la borrachera, al día siguiente, descubrieron que eran hermanos.

Diez de la mañana del día veintiséis. Silencio de muerte en la ciudad, todo el mundo duerme. Solo los pájaros pasan de rama en rama reconociendo sus nidos, posándose donde les da la gana, aprovechando la ausencia de personas y animales.

En la casona de los Pérez Calaza se vive un clima muy distinto. Miguel, el dueño de casa, había tenido un infarto.

El Dr. Alberto Méndez, médico de la familia, había llegado pocos minutos antes. Se había vestido a las apuradas por la urgencia de la situación. Así se lo había manifestado el

negro que lo había ido a buscar. La casa donde ahora estaba había sido escenario de una de las mejores fiestas porteñas. Muchos invitados, orquesta, baile, comida y bebidas para todos los gustos. Apenas dos horas hacía que se había retirado del lugar y ya estaba de vuelta. La resaca lo estaba matando y el sueño le nublabla la vista. Estaba mal arreglado, no se había lavado la cara ni se había peinado.

Apenas entró, sin formalidades, pidió algo caliente para beber e inmediatamente se dirigió a ver al enfermo. Aclaró su mente en pocos momentos, lo suficiente para darse cuenta de la gravedad de la situación. Algunos minutos después pidió a la esposa del paciente que enviara a un esclavo al hospital en busca de unos medicamentos. Con el correr de las horas la salud del enfermo se fue agravando. Fue trasladado de forma urgente, pero poco hubo que hacer. Su corazón, debilitado, no resistió.

El doctor Alberto Méndez anotó en el acta de defunción que el deceso del doctor Miguel Pérez Calaza se produjo en su presencia, siendo las seis treinta horas de la tarde, del día veintiséis de mayo del año mil ochocientos catorce.

CAPÍTULO II

Una multitud silenciosa acompañaba la pompa fúnebre. Acompasada, majestuosa, serena, con pasmosa lentitud, la carroza que transportaba el féretro del doctor Miguel Pérez Calaza pasaba sobre los adoquines de la Plaza de la Victoria en dirección al cementerio.

Arrastrado por cuatro caballos negros, con ricos ornamentos, reflejaba la posición económica y social del difunto y su familia. Al pescante, el criado negro, vestido de librea, testigo mudo, parecía pintado. La brisa otoñal hacía correr las hojas de los árboles. El golpe de los cascos sobre el empedrado parecía un repique sordo que se mezclaba con el vuelo de los estandartes. La muchedumbre callada, y el cortejo militar vestido de gala compuesto por el batallón de los abogados, como se los llamaba vulgarmente, aunque sus integrantes no eran todos abogados porque no alcanzaban a completar la cantidad de soldados que se requería para formarlo, daban un marco majestuoso, digno, de quien iba a ser sepultado en pocos momentos más.

No había ausentes. Todos habían ido a dar el último adiós a su compañero de armas, amigo y colega abogado.

Miguel Pérez Calaza era un caballero reconocido en la sociedad rioplatense de entonces. Capitán del novísimo Regimiento de Patricios que se creó luego de la primera incursión invasora y con una participación destacada en la reconquista de la ciudad, Pérez Calaza era también una persona muy bondadosa, de buen carácter, don de buen vecino, mejor hijo y, por sobre todo, excelente esposo.

Los funerales de alguien tan respetado habían convocado a todos los habitantes de la ciudad. Algunos, los más allegados, se acercaban con pesar. Otros, que no podían dejar de figurar, se hacían los pesarosos y algunos más, pocos por suerte, que todavía debían lavar su nombre

después del acto fallido de haber jurado fidelidad a la corona inglesa luego de la primera invasión.

La viuda, María Magdalena Casares Ocaña de Pérez Calaza, la más hermosa mujer de Buenos Aires, esbelta, bella y encantadora aun de luto, caminaba detrás del coche que llevaba el féretro de su esposo.

Mirando todo sin ver nada, la memoria traía a su mente momentos vividos intensamente.

Había nacido en 1791, en el seno de una familia acomodada de la ciudad. Hija única, su infancia transcurrió entre lujos y placeres. Se formó con las comodidades propias del rango social de su familia. Servidumbre, ricos vestidos, educación con excelentes maestros, vacaciones, etc. Los días de semana, asistían a su casa varios profesores en distintas disciplinas, que la instruían y cubrían por completo las jornadas de estudio.

Una vez al mes se trasladaba con sus padres a los pagos de Palermo, a pasar el fin de semana en la casona familiar que había formado parte de la dote de su madre. Esperaba esta ocasión con gran entusiasmo. Partían el viernes por la tarde, o el sábado, bien temprano por la mañana, para aprovechar el día y volvían el domingo antes del anochecer. El viaje, penoso para sus padres, duraba una hora y media y era para ella un paseo realmente hermoso. Viajaba de pie, tomada de la puerta, mirando el paisaje. Absorta, con la vista perdida en la belleza de la naturaleza, no hacía caso a las continuas quejas de los mayores para que se sentara. Y razón no les faltaba, porque el coche daba unos tumbos que al menos distraído hubiera lanzado. Mientras se alejaban de la ciudad y se dispersaban cada vez más las viviendas, comenzaban a abundar los campos cultivados con distintos árboles frutales y otras plantaciones. La fragancia que se respiraba en el aire le llenaba los pulmones y el espíritu de alegre alborozo. Un respiro contra la pestilencia que ahogaba a la ciudad todos los días.

El chirrido de los elásticos, el zangoloteo que golpeaba a las personas contra las paredes del coche, la dureza de los asientos y la polvareda del camino que se metía por todos los resquicios, agotaba a sus padres, pero la emoción de la niña mantenía viva la iniciativa de descanso con que se concebía la salida. No obstante estas incomodidades con que comenzaba y finalizaba el paseo, la estadía en la quinta era maravillosa. La paz y quietud, los silencios del campo, el canto de los pájaros, la brisa que arrastraba los aromas del arroyo cercano al que Magdalena acompañaba a pescar a su padre, dejaron momentos imborrables en su memoria.

En ocasiones le permitían invitar a su prima a que los acompañara el fin de semana. Eran momentos deliciosos. Los pasaban conversando y jugando, comiendo frutas de los árboles que tenían en la quinta. Cuando nadie las observaba se escapaban al arroyo a bañarse o solo a mirar correr el agua entre las piedras.

En ocasiones su padre aprovechaba esos días de descanso para dar reuniones de negocios o pequeños banquetes y la estadía se hacía más prolongada. Los asistentes concurrían acompañados por sus familias. Podía asegurarse que, casi nunca, la familia Casares Ocaña pasaba el fin de semana en su casa de las afueras en soledad.

La quinta de Palermo tenía una población estable de cuatro negros. Una pareja mayor, que estaba a cargo, se ocupaba de controlar todas las tareas. Estas estaban orientadas al aseo de la casa, cuidado de los jardines y mantenimiento de las instalaciones, también la quinta, el gallinero y el corral que proveía los alimentos. El negro anciano repartía las actividades indistintamente y él mismo no tenía inconveniente en realizar cualquiera de ellas. Pero había una que no delegaba en nadie, nunca permitía a nadie que se acercara al establo. Allí, dos yeguas tobianas, madre e hija, y un petiso, desvelaban al negro. A los tres los había visto nacer.

A la yegua vieja la había comprado el patrón para las carreras, pero resultó un fiasco. Corrió tres veces y siempre llegó última. Algunos años después, murió al parir. Su descendencia no mejoró el pedigrí, pero resultaron buenos animales para el trabajo, capaces de recorrer grandes distancias y a buen tranco. Cuando el patrón organizaba alguna partida de caza, sabía que las yeguas estarían alistadas como siempre. El negro tenía todo preparado el viernes por la noche, y en muchas ocasiones había acompañado a su amo en alguna cacería de perdices.

Héctor Ocaña, su padre, había montado un imperio comercial, ayudado por la herencia que le dejaron sus padres y la amplia fortuna que proveyó su esposa. Tenía trato comercial y conexiones muy importantes en el Potosí y en Europa. Cada tres o cuatro años, su actividad le exigía trasladarse al Viejo Continente. Sin dudarlo, daba a toda su familia la noticia del viaje un par de meses antes y se divertía viendo la efervescencia que provocaba con la inesperada nueva.

El tiempo que transcurría hasta el momento de la partida se vivía con emoción y suspenso. La selección de los criados que los acompañarían también despertaba entusiasmo entre la servidumbre. Los negros se ufanaban de ser los elegidos de la patrona para dar envidia a los otros, pero al final iban siempre los mismos dos, la criada personal de su madre y el esposo de esta, que era un negro grandote y forzado para cargar los paquetes y maletas. Su padre nunca aceptó tener un criado personal. Siempre repetía que se arreglaba solo para todo y así lo hizo.

En una oportunidad, tiempo después del regreso de uno de estos extensos viajes, Magdalena preguntó a su padre por qué iban a Europa y nunca viajaban al Potosí. El hombre contó a la niña los contratiempos que representaba un viaje de ese tipo por tierra, los peligros que entrañaba para la vida de las personas. —Muchos mueren durante el viaje —le dijo. A pesar de las explicaciones de su padre, a ella le

fascinaba pensar en la posibilidad de viajar en carreta durante muchos días. Comer y dormir en el camino le parecía una aventura maravillosa.

Para el cumpleaños número doce de la niña, sus padres le organizaron una fiesta sorpresa. Invitaron a su prima y unas amigas. Orquesta y gran asado, muchos invitados amigos, e integrantes de la alta sociedad, fueron llegando a la quinta de Palermo para la celebración. Le prepararon una torta de dos pisos, recibió hermosos regalos, vestidos, una muñeca traída de España, pero el que más le gustó fue un perrito de carne y hueso que le trajo monseñor Tobías, al que llamó Pocho. Como estaban de vacaciones en la quinta, Magdalena tuvo tiempo de encargarse de la alimentación y educación del cachorro. Menudo berrinche armó el día que debieron volver a la ciudad, cuando se enteró que debía dejar a Pocho allí con los criados que cuidaban la casa.

—¡No puede vivir con nosotros en Buenos Ayres! —le dijo su padre.

—¿Por qué no? Si yo limpio todo lo que ensucia y le enseñé a dormir afuera.

—Pocho es un perrito y necesita mucho lugar. Nuestra casa tiene un lindo patio, pero es muy chico para tener un perro. A él no le pasará nada, va a estar aquí bien cuidado y alimentado y con mucho lugar para entretenerse y correr. —Hizo una pausa y continuó—: Lo podrás ver cada vez que vengamos.

Por más que intentara explicarle pros y contras, no hubo argumento que aplacara las quejas. Rompió a llorar. Hasta ese momento, su madre, que había guardado silencio, terció para poner fin a la rabieta. Dos gritos y un tirón de mechas fueron suficientes para terminar con el incidente.

Solamente una catástrofe de dimensiones inconcebibles daría por tierra con todas las precauciones que Héctor Ocaña había tomado para brindarle a su familia un buen pasar. ¿Qué podría suceder —se preguntaba a menudo— que cambiara el curso de los acontecimientos, que hiciera

temblar los cimientos de aquello que había construido con tanto esfuerzo? A pesar de haber ahorrado e invertido de modo constante y responsable, don Héctor dependía de la entrada y salida diarias de mercaderías por el puerto de Buenos Ayres hacia el Potosí y viceversa, para asegurarse un ingreso que le permitiera mantener su actual nivel de vida, la hermosa casona de dos plantas, finos trajes, obras de arte, coche tirado por caballos, fiestas, servidumbre y la casaquinta en Palermo. Su posición económica les permitía pertenecer a la elite porteña, asistir a entretenidas veladas y tertulias donde se jugaba naipes y juegos de mesa, se escuchaba música y se conversaba. No podían perder todo ello. No ocurriría. Trabajaría con más ahínco, haría mejores negocios e invertiría con mayor atención.

Comenzó a sospechar que sus peores temores se podían hacer realidad cuando la escuadra británica fue divisada en el Río de la Plata.

Al principio no se sabía a qué atribuir su presencia allí, ni se tenía entera certeza de que fueran ingleses, pero pocos días después se confirmó el desembarco de tropas sobre la costa, bastante al sur de la ciudad.

Dos días más tarde las tropas inglesas entraron en la ciudad sin resistencia alguna.

Ante la duda, envió a toda la familia a Palermo para resguardarla.

Una parte de la sociedad porteña recibió con beneplácito al invasor, quien rápidamente tomó medidas económicas tendientes a conciliar con el sector al que no le simpatizaban.

Mientras tanto, en las tertulias más concurridas de Buenos Ayres, algunos personajes fueron cambiando sus preferencias. Estaban aquellos que consideraban a los ingleses como el enemigo y no asistían más a las reuniones sociales a donde los británicos eran invitados, y aquellos otros que aceptaban el cambio de gobierno, ya sea por

conveniencias económicas o simplemente por cambiar de monarquía.

Héctor Ocaña se encontraba entre los primeros, pero cómo haría para mantener a su familia si no se relacionaba de algún modo con los ingleses.

Así fueron pasando los días. Algunas señoras ya pretendían arreglar una boda entre los oficiales ingleses y sus hijas, pero no les alcanzó el tiempo.

Las versiones de un alzamiento obligan a Beresford a tomar precauciones. Comienza a organizar a la tropa hacia el campo abierto, donde está seguro de ganar la batalla. Traslada algunos pertrechos hacia las afueras, pero una fuerte sudestada, que se extenderá por varios días, le impide moverse y les permite a los organizadores de la reconquista tomar la iniciativa y acercarse a Buenos Ayres con los hombres reclutados en Montevideo y otros lugares de este lado del río.

Pocos días después, Beresford tiene a un francés llamado Liniers en las puertas de la ciudad, al mando de 3500 hombres que no son un ejército regular. Justamente, esa condición de milicia voluntaria y fervorosa es la que le otorga más valor.

Beresford teme, ya no se siente seguro, percibe la inquietud en sus oficiales. Tres noches antes, dos de sus hombres del más alto rango le habían comentado que, estando invitados a una reunión social, no fueron recibidos por una supuesta indisposición del anfitrión, lo que les resultó muy llamativo. Ahora estaba claro que no los querían recibir por temor a las represalias de sus compatriotas.

El 12 de agosto de 1806, Liniers lanzó a sus hombres sobre la ciudad y no los pudo detener más. El embate avasallador de esos quinteros, cuchilleros, arrabaleros y porteños, arrasó con las tropas inglesas. Beresford y unos pocos sobrevivientes consiguen resguardarse en el fuerte. La tropa quiere prender fuego todo, con ingleses adentro.

No parece haber forma de parar la masacre. Los acontecimientos se suceden sin que nadie pueda poner orden.

Liniers toma una decisión: serán muertos aquellos que desobedezcan y acto seguido ejecuta a dos hombres. La locura amaina, la muchedumbre se calma, el francés consigue retomar el control y exige la rendición incondicional. Los ingleses entregan las armas y son hechos prisioneros.

La algarabía se desata y el desorden retoma vigor. La turba, nuevamente enfurecida, pone rumbo a las familias traidoras. Otra vez, a punta de pistola, Liniers consigue que no haya linchamientos, pero dos casas son igualmente saqueadas y quemadas. También son arrebatados los criados. Por milagro salvan sus vidas los que simpatizaron con las fuerzas invasoras. Pero no podrán evitar el descrédito popular.

Los festejos se suceden por varios días.

Ocaña respira aliviado. Sus negocios y su familia quedaron a salvo. Él tenía una herida menor, producto de haber participado en la refriega. Pero estaba feliz. Cuando se aplacaran los ánimos y la calma retornara a los hogares, sería el tiempo de formar un nuevo gobierno para reemplazar al cobarde virrey Sobremonte, que había escapado con el erario público. Todo volvería a ser como antes.

Nada más lejos de la realidad.

La marina británica hace que se va, pero no se va. Mantiene bloqueado el ingreso al Río de la Plata. La flota inglesa no deja entrar ni salir ninguna mercancía. Se interrumpen todos los vínculos comerciales con el Potosí y con Europa. Pero el fervor patriótico consume todo. Se organiza por primera vez un ejército regular, con adiestramiento y disciplina. Se toman recaudos para un nuevo enfrentamiento. ¿Qué otra explicación tiene la presencia del enemigo vencido en el río?

Liniers, con mucho acierto, comprende que los ingleses no están vencidos. Se ganó una batalla por la ocupación de la ciudad, con la fortuna de una sudestada furibunda y el fervor enloquecido de los criollos. Había que preparar una defensa organizada para resistir otro embate, o no quedaría más remedio que sucumbir ante los británicos.

Mientras tanto, Ocaña se desesperaba por su situación. Sin ingresos no podría sostener por mucho tiempo su nivel de vida. Muchos otros como él se encontraban en idénticas condiciones, ya que una buena parte de la actividad comercial se había detenido. No salían materias primas de la colonia ni ingresaban manufacturas. Todo lo que se comerciaba tenía origen en las plantaciones, quintas, establos y granjas de la zona.

La solución llegó de la mano de su hija...

Magdalena contaba ya con quince años, edad ideal para arreglar una boda que le asegurara a la niña un futuro sin contratiempos y a su esposa y él mismo una vejez sin contratiempos. Cuando comentó su genial idea en el lecho matrimonial, se quedó sorprendido. Su mujer ya había pensado en ello, e incluso tenía apuntado al candidato.

Los Casares Ocaña sondearon al futuro pretendiente a través de monseñor Tobías y, como este mostró interés, las familias acordaron fecha para que los novios se conocieran en un almuerzo que se daría especialmente en la casa de la novia.

Pero el destino quiso que los futuros contrayentes se avistaran o, para mejor decir, que una viera al otro, con unos días de anticipación. Magdalena había ido a visitar a su prima, como hacía cada semana.

Las primas tenían una excelente relación, eran muy compañeras, compartían secretillos de chiquilinas, tomaban clases de piano con el mismo profesor y asistían juntas al mismo instructor que les enseñaba lectura, historia, matemáticas y religión.